

## Algunas estrategias de resistencia y esperanza en la obra de Ramón Isidoro. Pinturas de luz y atmósferas de humo

Una luz en el aire, es apenas aire  
Claudio Rodríguez

Espacio siempre frente al tiempo.  
No hay mayor lentitud que esta paciencia que eterniza los labios,  
endurece las túnicas, habita en la mirada de la desolación.  
Antonio Gamoneda

El acercamiento a la pintura abstracta es, en estos tiempos intempestivos, tras haber entrado en la vorágine posmoderna, una de las actividades estéticas que con mas facilidad nos dejan satisfechos. Pero ese acercamiento a la abstracción, no deja de ser superfluo, esa supuesta aceptación de una superficie de color, agradable, algo que pega con el sofá, que está de moda y es que el espíritu de Ikea cada vez más, planea sobre nosotros.

La experimentación de la obra de arte verdadera ha de acercarse a lo más profundo, a ámbitos en los que haya una incursión en lo íntimo, la sensación de lo Sublime es como una pregunta sin respuesta, algo que, cada uno, experimenta de independiente manera, algo intransferible, único, es este acercamiento particular, privado e íntimo el válido, el auténtico.

Las Obstinaciones de Ramón Isidoro (Valencia de Don Juan, León, 1964) son de tipo constante. El pintor reincide en esa abstracción, ataca una vez más el amplio campo de la tela, el papel o la madera.

Todos sabemos que el artista en el contexto actual, más que un profesional es un ejemplar sufridor (1). Y es que da igual que el tiempo discurra, la insistencia y la constancia son las armas que siempre acaban dando su fruto. La carrera de fondo es algo que asume el artista, ese seguir adelante, silenciosamente (no en todos los casos) mientras todo parece que avanza con lentitud o que ni siquiera avanza. Es ese carácter tardo romántico el natural para el artista contemporáneo, (acaso con cierto toque de anacronía) al que podríamos encajar en el personaje del antihéroe. Antihéroe al que con tanta certeza recurría Víctor Mira, y que Ulrike Keller-Tritschler cita acertadamente sobre su obra "...el antihéroe se forja ilusiones positivas y negativas sobre la vida, perder alguna cosa le motiva para emprender algo mejor o modificar lo que ya posee, padece enfermedades porque el choque contra la sociedad le deja maltrecho; está lleno de vida y, por lo tanto, no esta listo para morir. La tierra simboliza al antihéroe, ya que es la tierra quien lo ha creado"(2)

Ramón Isidoro es uno de esos artistas considerado, tanto por la crítica como por el medio, como asturiano, que pertenece a una camada de pintores que habiendo comenzado su carrera en esta tierra en diferentes ámbitos, confluyen no tanto generacionalmente sino teórica y formalmente en una delicada estética con un marcado carácter lírico. Hugo O'Donnell, Paco Fernández o Santiago Mayo podrían ser, perfectamente, compañeros de viaje. Alejados sin embargo de otros pintores asturianos como Miguel Galano o Pelayo Ortega, enzarzados en otras batallas que deambulan más hacia el campo de la figuración o de lo simbólico.

La huella que Ramón Isidoro deja en sus obras es equiparable a la marca que deja el arado sobre la tierra, es la obra del buey arador, la de las huellas del día a día, la del artista enterrador que más que esconder, sepulta (Domingo Sánchez Blanco y Javier Utray acaban de presentar en Morille, un pueblo de Salamanca, una pieza museo-cementerio donde esto queda patente) (3).

Es el quehacer diario, la eterna cuestión de trabajar, el misterio del porqué aún se tiene la necesidad de hacer algo cada día: "La presencia de la obra de arte aparece como huella de la lucha que armoniza nuestro lugar, pintura que va marcando umbrales donde convocar la comprensión de lo levemente táctil. Aún hay un espacio de asombro en la unión del espectador y lo que se presenta. No se trata de entender al artista como mediador contemplativo desde la ventana del horizonte, tampoco la obra es un resto escenográfico. Cuando el enigma no es más que lo invisible"(4).

Marcas invisibles y manchas de color, juegos que inciden en la búsqueda de la ordenación, tanto pictórica como vital. Las dualidades de Ramón Isidoro, sus asimetrías orgánicas son vivo reflejo de su planteamiento de vida, "plásticamente su obra guarda conexión con el expresionismo abstracto, en su vertiente más lírica y emotiva...el mundo de la música y la poesía no es ajeno a su pintura..."(5)

En los últimos tiempos Ramón Isidoro ha abandonado el espacio dual de las composiciones anteriores (que por otro lado siempre aludían a momentos musicales, referente obligatorio en los títulos de sus obras) y se ha sumergido en un trabajo que en algunos casos se proyecta en un plano superpuesto (entonces las dualidades persisten, pero en estrato) y en otros trabajos se mueven hacia la búsqueda de un espacio único. Un cuadro tantas veces repetido por el pintor, obsesionado en, al fin, encontrarlo.

Su última producción se nutre de excelentes calidades rojas y doradas, lo que Motherwell asociaba directamente con la sangre y la tierra, dos poderosos referentes simbólicos del amor, la sensualidad y la fecundidad.

Acaso el juego del ciclo de la vida, los barnices se sumergen entre capas, forman olas imposibles que finalmente endurecen, conforman las películas infinitas de componer, sin notas, pero con colores, un escenario donde lo místico se mezcla con lo romántico.

Ángel Antonio Rodríguez apunta acertadamente en torno al trabajo de Ramón Isidoro que “desde sus primeros pasos, Ramón tuvo muy claro que su pintura no podía ceñirse a banalidades figurativas ni excesos conceptuales, y que el dialogo de la obra con el espacio era crucial. Sabe que, hoy por hoy, la única salida honorable para los creadores es respetar el pasado.”(6)

Un pasado que él respeta, discurre tras las huellas de Rothko, de Newman, de todo un discurso derivado del expresionismo abstracto más puro. Pero no todo queda ahí (aunque esto ya sería, en los tiempos que corren, probablemente bastante); Ramón Isidoro también está interesado por otro tipo de actividades artísticas que lo han embarcado en aventuras escenográficas, en colaboraciones con artistas de otros ámbitos creativos, músicos como el grupo de rock Manta Ray, con quienes trabaja desde 1998 preparando las portadas de sus discos, controlando la puesta en escena, las luces, el ambiente, el humo... En esta nueva aventura en el que Ramón Isidoro se ha internado a medio camino entre la acción en tiempo real, el happening y la escenografía, confluyen de nuevo las mismas características que aparecen en sus telas. Como un verdadero VJ en vivo, acumula capas en torno a la banda, crea espacios oníricos sobre el escenario que se integran con los músicos, ciega al público o sumerge a todos en una niebla inquietante y nada esclarecedora. De todo ese trabajo surge su proyecto Hypersonic Paintings, ligado directamente a la experiencia del día a día vinculado al escenario. Las cajas de luz que son, sin duda, paradójicas, ya que el carácter nominal no corresponde a la formalización, sitúan a este pintor en un nuevo ámbito de producción, un ámbito de interferencia, como las interferencias que causan las torres de electricidad (título del último disco de Manta Ray), las mismas que Muntadas ya visitó en su día con éxito.

Esta faceta escenográfica transversal no es algo casual y nos aclara cómo son las inquietudes que siempre han obsesionado al artista, la conquista del espacio: tanto el de la tela, (la planitud), el de la galería (el cubo blanco), o el del escenario (con Manta Ray).

Entiendo que Ramón Isidoro facilita una suerte de catarsis entre público y grupo en cada concierto, y podemos constatar que lo consigue porque provoca conscientemente cada movimiento y juego de luz, domina completamente lo que hace en cada concierto, fuerza las luces detrás de los músicos hasta límites insospechados, creando unos contraluces exageradísimos, alargando los contrastes de sonido y luz, creando capas y más capas...Como sobre la tela nos desconcierta con esas superficies, a veces doradas, que se enfrentan a grises, negros y oscuridades.

Aún se arriesga el pintor sobre el escenario a enseñarnos cómo es la poética de lo melancólico, tanto como lo son las canciones de Manta Ray, como su música, con largos y tristes discursos, estrategias de resistencia intelectuales, esperanzas de que algo, a ver qué puede ser...podría cambiar.

Tras toda esta actividad se esconde un diario de movimientos privados, un torrente de imágenes recogidas en todos los conciertos en los que el artista acompaña a los músicos, una especie de fetichismo obsesivo como coleccionista de imágenes, fotografías de fogonazos, de colores intensos, de energía.

La instalación que plantea Ramón Isidoro crea un espacio nuevo, artificial, en un contexto de carácter marcadamente solemne, que propone un ambiente entre luces, humo y juegos de 360 grados, una instalación rotunda, donde las cajas de luz en las que se hallan las fotos antes mencionadas funcionan como exvotos de la música, y es que en los tiempo que corren, el culto al grupo musical puede que ya haya superado al de la religión.

La simbiosis alcanza el punto álgido entre grupo y artista al transitar el camino inverso: los componentes han compuesto e interpretado unos temas inéditos para la exposición en el Museo Barjola. Valor añadido.

Ramón Isidoro, en sus Hypersonic Paintings, nos habla de pintura sin pintar, hace otra composición abstracta con la ambición de encontrar El Cuadro, esa obra que construye con constancia, madurez y talento cada día. "Como pinto yo, en principio, no se puede pintar, pues falta la condición previa esencial: la certidumbre de qué pintar, es decir, el "tema". Cite a quien cite, Rafael o Newman, a conciliadores como Rothko o Lichenstein, o a todos los demás hasta el último pintor de provincias, todos persiguen un tema, un cuadro que ambicionan una y otra vez. Cuando pinto un cuadro abstracto, ni antes de empezar sé qué aspecto tendrá, ni mientras lo estoy pintando sé a dónde quiero llegar ni qué tendría que hacer para ello. Por eso pintar es un esfuerzo desesperado, casi ciego, como el de una persona abandonada en un entorno sin

recursos, completamente incomprensible; como el de aquel que posee un determinado surtido de herramientas, materiales y capacidades y tiene el apremiante deseo de construir algo útil, con sentido, pero que no puede ser ni una casa ni una silla ni tampoco algo que se pueda nombrar, y que construye frenéticamente con la vaga esperanza de que con su buen hacer, conforme a las reglas del arte, finalmente llevara a cabo algo correcto y que tenga sentido”.(7)

- (1) Castro Flórez, Fernando: Escaramuzas. El Arte en el tiempo de la demolición. Ad Hoc, Ensayo, CendeaC, Centro de Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo, Murcia 2003.
- (2) Séller-Tristchler, Ulrike: Epilogo, en Antihéroes de Victor Mira. Der Kunstraum Ruedi Tobler, 2002.
- (3) Castro Flórez, Fernando: Y bailaré sobre tu tumba, [www.salonkritik.net](http://www.salonkritik.net), 2006.
- (4) Corazón Ardura, Jose Luis: De la Piel Acantilada, [www.sublimeart.net](http://www.sublimeart.net), 2005.
- (5) Barón Javier: Diez pintores jóvenes en Asturias, en 10 x 10. 10 años de Arte Emergente en Asturias. Servicio de publicaciones del Principado de Asturias, 1997.
- (6) Rodríguez, Ángel Antonio: Ayer nacían de la pereza y la esperanza. Reflexiones en silencio, horizontes de color, la nada, lo sublime. Del catálogo, Ramon Isidoro, la pereza y la esperanza, Galería Vértice, Oviedo 2000.
- (7) Richter, Gerhard: Una colección privada, Centro de Arte Contemporáneo de Malaga, 2004.